

TARDE LLEGA EL DESENGAÑO,

POR DOÑA MARIA DE ZAYAS Y SOTOMAYOR.

Si mis penas pudieran ser medidas,
No fueran penas, no, que glorias fueran;
Con mas facilidad contar pudieran
Las aves que en el aire están perdidas.
Las estrellas á cuenta reducidas,
Mas cierto que ellas número tuvieran
Por imposibles, fáciles se vieran
Contadas las arenas esparcidas.
Sin tí, dulce y ausente dueño mio,
La noche paso, deseando el día,
Y en viendo el día, por la noche lloro.
Lágrimas donde estais, con gusto envío;
Gloria siento por tí en la pena mia,
Cierta señal que lo que pierdo adoro.
Espero, desespéro, gimo y lloro,
Que sin tí, dueño amado,
Me cansa el río y entristece el prado.
¿Cuándo llegará el día
En que te vuelva á ver, señora mia,
Que hasta que yo te vea,
No hay gusto para mí que gusto sea!

Así cantaba para divertir su pena, siendo tan grande como quien sabe qué es ausencia, don Martín, caballero mozo, noble, galán y bien entendido, natural de la imperial ciudad de Toledo, á quien deseos de aumentar honor habían ausentado de su patria, y apartado de una gallarda y hermosa dama, prima suya, á quien amaba para esposa: cuando navegaba la vuelta de España, honrado de valerosos hechos, y acrecentado de grandes servicios, adquiridos en Flándes, donde había servido con valeroso ánimo y heroico valor á su católico rey, y de quien esperaba, llegando á la corte, honrosos premios, ligando de camino el libre cuello al yugo del matrimonio, lazo amable y suave para quien le toma con gusto, como él esperaba hacerlo con su hermosa prima, juzgando el camino eterno, por impedirle llegar á gozar y poseer sus amorosos brazos, pareciéndole el próspero viento con que la nave volaba perezosa calma. Mas la fortuna, cruel enemiga del descanso, que jamás hace cosa á gusto del deseo, habiendo cerrado la noche oscura, tenebrosa y revuelta de espantosos truenos y relámpagos con furiosa lluvia, trocándose el viento apacible en rigurosa tormenta, los marineros temerosos de perderse, queriendo amainar las velas porque la nave no diese contra alguna peña y se hiciese pedazos, no les fué posible, antes empezó á correr sin orden ni camino por donde el furioso viento la quiso llevar, con tanta pena de todos, que viendo no tenían otro remedio, puestos de rodillas, llamando á Dios que tuviese misericordia de las almas, ya que los

cuerpos se perdiesen; y así, poniendo el timón la vía de Cerdeña, pareciéndoles no medraran muy mal si llegasen á ella, perdidas las esperanzas de quedar con las vidas, con grandes llantos se encomendaba cada uno al santo con quien mas devoción tenía; y es lo cierto que si no fuera por el valor con que don Martín los animaba, el mismo miedo los acabara, mas era toledano, cuyos pechos no le conocen; y así, haciendo la misma cara al bien que al mal, poniendo todas sus esperanzas en Dios, esperaban con valor lo que sucediese.

Tres días pasaron de esta suerte, sin darles lugar la oscuridad y el ir engolfados en alta mar á conocer por dónde iban; y ya que esto les aseguraba el temor de hacerse pedazos la nave, no lo hacía el dar en tierra de moros, cuando al cuarto día descubrieron tierra, poco antes de anochecer, mas fué para acrecentarles el temor, porque eran unas montañas tan altas, que antes de sucederles el mal, ya le tenían previsto; y procurando amainar, fué imposible, pues la triste nave venia tan furiosa, que antes que tuviesen lugar de hacerlo que intentaban, dió contra las peñas y se hizo pedazos, con lo que viéndose perdidos, acudió cada uno como pudo á salvar la vida, y aun esa tenían por imposible librarla. Don Martín, que siguiendo el ejercicio de las armas, no era esta la primera fortuna en que se había visto, animosamente asió una tabla, haciendo cada uno lo mismo, con cuyo amparo y el del cielo lograron, á pesar de las furiosas olas, tomar tierra en la parte donde mas cómodamente pudieron; y como en ella se vieron, aunque conociendo su manifiesto peligro por llegar las olas á batir en las mismas peñas por estar furiosas y fuera de madre, dieron gracias á Dios por las mercedes que les había hecho.

Buscando, como pudieron, dónde ampararse don Martín y otro caballero pasajero, que los demás enderezaron hácia otras partes, se acogieron á un hueco ó piedra que en la peña había, donde por estar bien cóncavo y cavado no llegaba el agua. Estuvieron hasta la mañana, que habiéndose sosegado el aire y quitándose al cielo el ceño, salió el sol, y dió lugar á que las olas, retiradas á su cerúleo albergue, descubriesen una arenosa playa, de ancho hasta dos varas, de modo que se podía muy bien andar al rededor de las peñas. Viendo esto don Martín y su compañero, temerosos de que no

les hallase allí la venidera noche, y deseosos de saber dónde estaban, y menesterosos de sustento, por no haber comido desde la mañana del día pasado, salieron de aquel peligroso albergue, y caminando por aquella vereda, iban buscando si hallaban alguna parte por donde subir á lo alto, con tanto cuidado de que no fuese tierra de moros, donde perdiesen la libertad que el cielo les había concedido, aunque les parecía mas civil muerte acabar la vida á manos de la hambre. No sé qué dulzura tiene esta triste vida, que aunque sea con trabajos y desdichas, la apetecemos. Dábales á don Martín y su camarada mas guerra la hambre que el esperar verse cautivos, y sentían mas la pérdida de los mantenimientos, que con la nave se habían perdido, que los vestidos y ropa que se habían anegado con ella, si bien á don Martín no le hacían falta los dineros, porque en un bolsillo que traía en la faltriquera había salvado buena cantidad de doblones y una cadena.

Mas de medio día seria pasado, cuando caminando orilla del mar, descubrieron una mal usada senda, que á lo alto de la peña subía, y entrando por ella, no con poca fatiga, á cosa de las cuatro de la tarde llegaron á lo alto, desde donde descubrieron la tierra llana y deleitosa, muchas arboledas muy frescas, y en ellas huertas de agradable vista y muchas tierras sembradas, y en ellas, ó cerca, algunas hermosas caserías; mas no vieron gente alguna, con lo que no pudieron salir de sus dudas de si estaban entre enemigos; mas al fin sujetos á lo que la fortuna quisiese hacer de ellos, como hallasen que comer, siguieron su camino, y á poco mas de una legua, cuando ya quería anochecer, descubrieron un grande y hermoso castillo, y vieron delante de él andarse paseando un caballero, que en su talle, vestido y buena presencia pareció serlo. Tenía sobre un vestido costoso y rico un gabán de terciopelo carmesí, con muchos pasamanos de oro, y al uso español, de que no se alegraron poco nuestros mojados y hambrientos caminantes, dando mil gracias á Dios de que ya que con tanto trabajo los había guiado hasta allí, fuese tierra de cristianos, porque hasta aquel punto habían temido lo contrario. Yéndose para el caballero, que se paró á esperarlos, juzgando en verlos venir así lo que podía ser, y como llegasen mas cerca, pudieron ver que era un hombre de hasta cuarenta años y algo moreno, mas de hermoso rostro, el bigote y cabello negro y algo encrespado. Llegando pues mas cerca, con semblante severo y alegre los saludó con mucha cortesía, y prosiguió diciendo: No tengo necesidad, señores, de preguntaros qué ventura os ha traído aquí, que ya juzgo en el modo que venís, á pié y mal enjutos, que habeis escapado de alguna derrotada nave que en la tempestad pasada se ha perdido, haciéndose pedazos en estas peñas; y no ha sido pequeña merced del cielo en haber escapado con las vidas, que ya otros muchos han perecido sin haber podido tomar tierra. Así es, respondió don Martín, despues de haberle vuelto las cortesés saludes, y suplicóos, señor caballero, me hagais merced de decirme qué tierra es esta, y si hallarémos cerca al-

gun lugar donde poder repararnos del trabajo pasado y del que nos fatiga, que es no haber comido dos días ha. Estais, señores, respondió el caballero, en la gran Canaria, si bien por donde la fortuna os la hizo tomar es muy dificultoso el conocerla, y de aquí á la ciudad hay dos leguas; y supuesto que ya el día va á la última jornada, será imposible llegar á ella á tiempo que os podais acomodar de lo que os falta, y mas siendo forasteros, que es fuerza ignoreis el modo; y supuesto la necesidad que teneis de sustento y descanso, porque me parecéis en la lengua españoles, y tener yo gran parte de esta dichosa tierra, que es de lo que mas me honro, os suplico acepteis mi casa para descansar esta noche y todo el tiempo que mas os diere gusto, que en todo podeis mandar como propia, y yo lo teudré por muy gran favor; que despues yo iré con vosotros á la ciudad, donde voy algunas veces, y os podréis acomodar de lo que os faltare para vuestro viaje. Agradecieron al noble caballero don Martín y su camarada con cortesés razones lo que les ofrecía, aceptando, por la necesidad que tenían, su piadoso ofrecimiento; y con esto todos tres y algunos criados que habían salido del castillo se entraron en él; y cerrado y echando el puente, por ser ya tarde, y aquellos campos mal seguros de salteadores y bandoleros, subieron á lo alto.

Iban notando nuestros héroes que el caballero debía ser muy principal y rico, porque todas las salas estaban muy aliñadas de ricas colgaduras y excelentes pinturas y de otras cosas curiosas que decían el valor del dueño, sin faltar mujeres, que acudieron á poner luces y ver qué se les mandaba tocante al regalo de los huéspedes que su señor tenía, porque salieron, habiéndolas llamado, dos doncellas y cuatro esclavas blancas herradas en los rostros, á quienes el caballero dijo que fuesen á su señora, y la dijese mandase apercibir dos buenas camas para aquellos caballeros, juntas en una cuadra, y que se aderezase presto la cena, porque necesitaban de comer y descansar; y mientras esto se hacía, don Martín y el compañero se quedaron con el caballero contando de su viaje y del modo que habían llegado allí, juzgando por lo que á las criadas había dicho dijese á su señora que el caballero era casado. Aderezada la cena y puestas las mesas, ya que iban á sentarse se les ofrecieron á la vista dos cosas, de que quedaron bien admirados, sin saber qué les había sucedido; y fué que diciéndoles el caballero que se sentasen, y haciendo él lo mismo, sacó una llave de la faltriquera, y dándola á un criado, abrió con ella una pequeña puerta que en la sala había, por donde vieron salir, cuando esperaban ó que saliesen algunos perros de caza ú otra cosa semejante, salió, como digo, una mujer, al mismo tiempo que por la otra donde entraban y salían las criadas otra, que la vista de cualquiera de ellas causó á don Martín y su compañero tan grande admiración, que suspendidos no se les acordó de lo que iban á hacer, ni entendieron á que el caballero les daba prisa que se sentasen. La mujer que por la pequeña puerta salió parecía tener hasta veinte y seis años, hermosísima con

tan grande extremo, que juzgó don Martín, con haberlas visto muy lindas en Flándes y España, que esta las excedía á todas; mas tan flaca y sin color, que parecía mas muerta que viva ó que daba muestras de su cercana muerte. No traía sobre sus blanquísimas y delicadas carnes sino un saco de una jerga muy basta, y este le servía de camisa, faldellín y vestido, ceñido con un pedazo de sogá. Los cabellos, que mas eran madejas de Arabia que otra cosa, partidos en trenza, como se dice, al estilo aldeano, y puestos detrás de sus orejas, y sobre ellos arrojaba una toca de lino muy basto. Traía en sus hermosas manos, que parecían copos de nieve, una calavera. Juzgó don Martín, harto enternecido de verla destilar de sus hermosos ojos sartas de cristalinas perlas, que si en aquel traje se descubrían tanto los quilates de su belleza, que en otro mas precioso fuera asombro del mundo; y como llegó cerca de la mesa, se entró debajo de ella. La otra, que por la otra puerta salió, era una negra tan tinta, que el azabache era blanco en su comparación, y sobre esto tan fiera, que juzgó don Martín que si no era el demonio, que debía ser retrato suyo, porque tenía las narices tan romas, que imitaban los perros bravos que ahora están tan validos, y la boca con tan grande hocico y bozos tan gruesos, que parecía boca de león, y lo demás á esta proporción. Pudo muy bien don Martín notar su rostro y costosos aderezos en lo que tardó en llegar á la mesa, por venir delante de ella las dos doncellas con dos candeleros de plata en las manos, y en ellos dos bujías de cera encendidas. Traía la fiera y abominable negra vestida una saya entera, con manga en punta, de un raso de oro encarnado, tan resplandeciente y rica, que una reina no la podía tener mejor; collar de hombros y cintura de resplandecientes diamantes; en su garganta y muñecas gruesas y albísimas perlas, como lo eran las arracadas que colgaban de sus orejas; en la cabeza muchas flores y piedras de valor, como lo eran las sortijas que traía en sus manos. Así que llegó, el caballero con alegre rostro la tomó por la mano, y la hizo sentar á la mesa, diciendo: Seáis bien venida, señora mía, y con esto se sentaron todos, la negra á su lado, y don Martín y su camarada enfrente, tan admirados y divertidos en mirarla, que casi no se acordaban de comer.

Bien notó el caballero la suspensión, mas no por esto dejó de regalar y acariciar á su negra y endemoniada dama, dándole los mejores bocados de su plato; y á la desdichada belleza que estaba debajo de la mesa los huesos y mendrugos, que aun para los perros no eran buenos; pero como tan necesitada de sustento, los comía como si fuera uno de ellos. Acabada la cena, la negra se despidió de los caballeros y de su amante ó marido, que ellos no podían adivinar qué fuese, y se volvió por donde había venido, con la misma solemnidad de salir las doncellas con las luces, y saliendo de debajo de la mesa la maltratada hermosura, un criado de los que asistían á servir, en la calavera que traía en las manos la echó agua, y volviéndose á su albergue, cerró el criado la puerta con llave, y se la dió á su señor. Pasado

pues esto, y los criados idos á cenar, viendo el caballero á sus huéspedes tan suspensos, pensando en las cosas que en aquella casa veían, sin atreverse á preguntar la causa, les habló de esta suerte. Si bien, buenos amigos, el trabajo pasado en la mar os ha hecho necesario mas el descanso y reposo que el oír sucesos, véos tan admirados de lo que en esta casa veis, que estoy seguro que no os pesará el oír el mio y la causa de los extremos que veis, que los juzgaréis encantamientos de los que se cuentan había en la primera edad del mundo; y porque salgais de la admiración en que os veo, si gustais de saberla, con vuestra licencia os contaré mi prodigiosa historia, asegurándoos que sois los primeros á quienes la he dicho y han visto lo que en este castillo pasa; porque desde que me retiré á él de la ciudad, no he consentido que ninguno de mis deudos ó amigos que me vienen á ver pasen de la primera sala, ni mis criados se atreverán á contar á nadie lo que aquí pasa, pena de que les costará la vida. Antes, amigo y señor, respondió don Martín, te suplico que lo digas, y me saques de la confusión en que estoy, que no puedo tener el descanso que dices que me fatiga ha menester sin saber primero la historia que encierra tan prodigiosos misterios. Pues supuesto eso, os la diré, dijo el caballero: estadme atentos, que pasa así:

Mi nombre es don Jaime de Aragon, que este mismo fué el de mi padre, quien fué natural de Barcelona, en el reino de Cataluña, y de nobles caballeros de ella, como lo dice mi apellido. Tuvo mi padre con otros caballeros de su patria unas competencias sobre el galanteo de una dama, y fué de suerte, que llegaron á sacar las espadas, donde mi padre, ó por mas valiente, ó mas bien afortunado, dejando uno de sus contrarios en el último vale, se escapó en un caballo al reino de Valencia, y embarcándose allí, pasó á Italia, donde estuvo algunos años en la ciudad de Nápoles sirviendo al rey como valeroso caballero, donde llegó á ser capitán, y ya cansado de andar fuera de su patria, volviéndose á ella, con tormenta derrotado como vosotros en esas peñas, y salvando la vida por el mismo modo, estándose reparando en la ciudad del trabajo pasado, vió á mi madre, que habiendo muerto sus padres, la habían dejado niña y rica. Finalmente, al cabo de dos años que galanteó, vino á casarse con ella. Tuviéronme á mí solo por fruto de su matrimonio, que llegando debajo de su educación á la edad floreciente de diez y ocho años, era tan inclinado á las armas, que pedí á mis padres la licencia para pasar á Flándes á emplear algunos años en ellas y ver tierras. Tuviéronlo por bien mis padres, porque no perdiese el honor que por tan noble ejercicio podía ganar, aunque con paternal sentimiento me acomodaron de lo necesario, y tomando su bendición, me embarqué para Flándes, que llegando á ella, asenté mi plaza, y acudí á lo que era necesario en el ejercicio que profesaba, y en esto empleé seis años, y pienso que estuviera hasta ahora si no me hubiera sucedido un caso el mas espantoso que habréis oído. Tenía yo á esta sazón veinte y cuatro años, el talle conforme á la floreciente edad

que tenía, las galas como de soldado, y las gracias como de mozo, acompañando á esto el valor de la noble sangre que tengo. Pues estando un día en el cuerpo de guardia con otros camaradas y amigos, llegó á mí un hombre anciano, que al parecer profesaba ser escudero, y llamándose á un lado, me dijo que le oyese una palabra, y despidiéndome de mis amigos, me aparté con él, que en viéndome solo, me puso en la mano un papel, diciendo que leyese, y de palabra le diese la respuesta. Leíle, y contenía estas razones:

«Tu talle, español, junto con las demás gracias que te dió el cielo, me fuerzan á desear hablarte: si te atreves á venir á mi casa con las condiciones que te diré » ese criado, no te pesará de haberme conocido. Dios te » guarde.»

Viendo que el papel no decía mas, y que se remitía á lo que dijese el criado, le pregunté el modo de poder obedecer lo que en aquel papel se me mandaba, y me respondió que no había que advertirme mas de que si me resolvía á ir, que le aguardase en dando las diez en aquel mismo puesto, que él vendría por mí y me llevaría. Yo, que con la juventud que tenía, la facultad que profesaba y ayudado de mi noble sangre, no miraba en riesgos ni temía peligros, pareciéndome que aunque fuese á los abismos no aventuraba nada, porque no conocía la cara al temor, acepté la idea, respondiéndole que le aguardaría. Advertíome el sagaz mensajero que en este caso no había mas riesgo que el de comunicarlo con nadie, y que así me suplicaba que ni á camarada ni á amigo lo dijese, que importaba á mí y á la persona que le enviaba. Asegurado de todo y sin sosiego hasta ver el fondo á un caso con tantas cautelas gobernado, apenas vi que serían las diez, cuando hurtándome á mis camaradas, me fui al señalado puesto, y dando el reloj las diez, llegó mi viejo en un valiente caballo, que por hacerla noche entre clara se dejaba ver, y bajando de él, lo primero que hizo fué vendarme los ojos con un tafetan, de que venía apercebido, de cuya acción unas veces dudaba fuese segura, y otras me reía de semejantes transformaciones, y diciendo que subiese en el caballo, subió él á las ancas, y empezamos á caminar, pareciéndome en el tiempo que caminamos que habían sido dos millas, porque cruzando calles y callejuelas, como por ir tapados los ojos no podía ver por dónde iba, muchas veces creí que volvíamos á caminar lo que ya habíamos andado. En fin, llegamos al cabo de mas de una hora á una casa, y entrando en el zaguan, nos apeamos, y así tapados los ojos como estaba, me asió de la mano, y me subió por unas escaleras. Yo os confieso que en esta ocasión tuve algun temor, y me pesó de haberme puesto en una ocasión, que ella misma, pues iba fundada en tanta cautela, estaba amenazando algun grave peligro; mas considerando que ya no podía volver atrás, y que no era lo peor haberme dejado mi daga y espada y una pistola pequeña que llevaba en la faltriquera, me volví á cobrar, pues juzgué que teniendo con qué defenderme, ya que muriese podía matar.

Acabamos de subir, y en medio de un corredor, á lo

que me pareció por haber tentado las varandas, con una llave que traía abrió una puerta, y trasladando al entrar por ella mi mano que en la suya llevaba á otra, que al parecer del tacto juzgué mejor, sin hablar palabra volvió á cerrar y se fué, dejándome mas encantado que antes, porque la dama á quien me entregó, segun juzgué por el rugir de la seda, fué conmigo caminando otras tres salas, y en la última, llegando á un estrado, se sentó, y me dijo que me sentase. Animéme cuando la oí hablar, y dijele: Gracias á Dios, señora mía, que ya sé que estoy en el cielo, y no como he creído que me llevaban á los infernales abismos. Pues ¿en qué conocéis que aquí es el cielo? me replicó. En la gloria que siento en el alma y en el olor y dulzura de este albergue, y que aunque ciego, ó yo soy de mal conocimiento, ó esta mano que tengo en la mía no puede ser sino de un ángel. ¡Ay don Jaime! me volvió á replicar, no juzgues á desenvoltura esto que has visto, sino á fuerza de amor, de que he querido muchas veces librarme, y no he podido, aunque he procurado armarme de la honestidad y de la calidad que tengo; mas tu gala y bizarría han pollido mas, y así han salido vencedoras, rindiendo todas cuantas defensas he procurado poner á los pies de tu valor, con lo cual, atropellando inconvenientes, te he traído de la manera que ves, porque tanto á tí como á mí nos importa vivir con este secreto y recato; y así, para conseguir este amoroso empleo, te ruego que no lo comuniques con nadie, que si alguna cosa mala tenéis los españoles es el no saber guardar secreto. Con esto me desvendó los ojos, aunque fué como si no lo hiciera, porque todo estaba á oscuras; y yo agradeciéndole tan soberanos favores, con el atrevimiento de estar solos y sin luz, empecé á procurar por el aliento á conocer lo que la vista no podía, brujuleando partes tan realzadas, que la juzgué en mi imaginación por alguna deidad.

Hasta dada la una estuve con ella gozando regaladísimos favores cuanto la ocasión daba lugar, y pareciéndole hora, como me hubiese dado un bolsillo grande y con buen bulto, pues estaba tan lleno que apenas se podía cerrar, se despidió de mí con amorosos sentimientos, y volviéndome á vendar los ojos, diciendo que la noche siguiente no me desecidase de estar en el mismo puesto, salió conmigo hasta la puerta por donde entré, y entregándome al mismo que me había traído, volviendo á cerrar, bajamos donde estaba el caballo, y subiendo en él caminamos otro tanto tiempo como á la ida hasta ponerme en el mismo puesto de donde me había sacado. Llegué, en yéndose el criado, á mi posada, y hallando en ella ya acostados y durmiendo á mis camaradas, me entré á mi aposento, y haciéndome millares de cruces del suceso que por mí pasaba, abrí el bolsillo, y había en él una cadena de peso de doscientos escudos de oro, cuatro sortijas de diamantes y cien doblones de á cuatro. Quedé absorto, juzgando que debía de ser mujer poderosa, y dando gracias á mi buena dicha, pasé la noche, dando otro día cadena al cuello, y á las manos relumbrosas, jugando